

Fidel Castro

Hemos tenido la oportunidad, en esta temporada, de ver varias veces a Fidel Castro. Verlo, decimos. Verlo en la televisión. Lo vimos en Bahía. Asistía al famoso simposio de gobernantes americanos que tuvo lugar en la bella ciudad brasileña. ¿De qué se ocupó el simposio? De lo de siempre. Que la democracia. Que la crisis. Que la guerra. Que la paz. Paren ustedes de contar. Lo mismo de siempre. Sin una sola nota digna del recuerdo. Digna, más bien, de América.

También vimos al extraordinario líder en La Paz. En Solivia. Allí estuvo en la posesión del nuevo Presidente. Allí se codeó, de nuevo, con muchos de sus colegas hispanoamericanos. Y acaba de estar, como si dijéramos, aquí mismo: en Cartagena. En la más historiada ciudad de Colombia. En la ciudad del entrañable y nunca bien ponderado Tuerto López. Uno de los poetas más originales de que podemos ufanarnos en este lado del mundo. En Cartagena conversaron, de quien a quien, Fidel Castro y César Gaviria.

Hemos visto, pues, tres veces al líder cubano. Cada vez que lo vemos, como ahora, la impresión que tenemos es la misma. Y esta impresión la podemos discriminar, sin irnos demasiado lejos, en dos trancos. El primer tranco corresponde, como es lógico, al tamaño. Al tamaño, naturalmente, político. En las reuniones de referencia resulta aleccionador ver a Fidel Castro. Parece, a todas luces, superior a todos sus colegas. Superior, diría en este caso nuestro buen amigo Don Quijote, en tercio y quinto. El hecho es evidente. Entre la mediocridad militante, como se dice en términos partidistas, de los otros gobernantes, Castro no permite términos de paridad. Se halla por encima de todos. El solo simboliza nuestro tiempo. El solo simboliza nuestra Hispanoamérica. El solo, sin necesidad ninguna de acompañantes, nos representa a todos. ¡ÍÍ segundo tranco que decimos, sin duda alguna, le da culminación al precedente. Las asambleas del cuento son interesantes, son ilustrativas, son aleccionadoras, son útiles. Es bueno que ocurran aquí y allá. Ellas nos ponen en vivo y directo el gran drama de América. ¿Cuál es este drama? Está a la vista. Cuba, la patria de Martí, tiene sus años de estar estrangulada por el imperialismo. Y es nuestra paisana: hablamos el mismo idioma. Y es nuestra pariente: lleva en las venas las mismas tres sangres que nosotros. Y vive la misma desgracia que nosotros, aunque en grado característicamente criminal: el asalto del imperialismo a tiempo completo. Muy bien. Sin embargo, en las citas de marras, a ninguno de nuestros flamantes gobernantes se le ocurre una moción, así sea de poca monta, sobre el crimen imperialista. Díganme ustedes, camaradas lectores, si esta situación, que pone en alto el valor de Fidel Castro, no da dolor de tripas. Un dolor de tripas que les debemos a nuestros líderes. A su indiscutible mediocridad, a su incapacidad más bien: a su rematado servilismo. Todo porque, gracias a Fidel Castro, la democracia cubana no es la tradicional; porque el ilustre Jefe de Estado le ha dicho no al imperialismo; le ha dicho no a la demagogia; le ha dicho no al peculado. Y porque, en cambio, le ha dicho sí al trabajo; le ha dicho sí a la salud; le ha dicho sí a la

educación; le ha dicho sí a la ciencia; le ha dicho sí a la cultura; le ha dicho sí por todo esto, a la libertad verdadera.

(Digamos entre paréntesis, como decía Simón Rodríguez, que los ejemplos graban profundamente las lecciones. La lección colonialista, pro imperialista, se ve en todo. Ya pasaron por los Estados Unidos, en procura de la bendición que sabemos, tres de nuestros candidatos a la presidencia. Los tres que tienen opción. Allá acaba de estar Claudio Fermín. Allá acaba de estar Rafael Caldera. Allá acaba de estar Oswaldo Álvarez Paz. Cualquiera que triunfe en diciembre es, pues, igual. Satisfará, de todo en todo, los intereses del amo yanqui).

Fidel Castro, entre tanto, y como sucede en las épocas más siniestras de la historia en cada colectividad y en cada país, encarna y simboliza la dignidad política. Por esto es por lo que Fidel Castro puede saludar, sin quitarse el sombrero lo mismo a Martín que a Bolívar.